

Matar el tedio



Nadie sabemos qué debemos hacer con nuestra vida, ni para qué dedicación nos eligió el destino, o si era el “yo” el que debía elegir al destino. Pero entre tanto vivimos en un constante debatir, en cada instante, de a cuál de los dos toca la baza en el instante siguiente; y sin saber, también a cada instante, si nos precipitamos o nos rezagamos o si lo torcimos o nos hizo trampa.

Pero actuamos, no queda más remedio, aunque la opción que tomemos sea hacernos un ovillo y esperar a aclararnos estaremos actuando y teniendo una responsabilidad (aunque la desconozcamos) en lo que sucedió o dejó de suceder por causa de nuestro avillamiento.

Incluso cuando afirmamos saber qué queremos y a qué queremos dedicar nuestra vida y nuestro afán, ¿somos conscientes de si lo que nos mueve es la voluntad y no sólo el deseo?

Estamos educados a que cualquier propósito llevado a cabo se materialice en algún resultado perceptible a simple vista, o a simple oído, o a simple tacto, o a simple gusto o a simple olfato, por los demás. Y a lo mejor no nos lo creemos del todo, a lo mejor tenemos una vaga sensación de que “hacemos” cosas que quedan fuera del ámbito de las percepciones inmediatas; pero, a ese tipo de cosas, les reconocemos tan poquita utilidad...

El hacer o no hacer solemos valorarlo en función de qué reporta a los aspectos prácticos de la vida, y centrarlo en la subsistencia, en el permanecer y en el dejar constancia de que somos — no qué somos, que suele no proceder ni el plantearse, y si se plantea no debe cometerse la grosería, o la frivolidad, de expresarlo — lo que se espera de nosotros y de que estamos en el lugar que nos corresponde.

Y todos nuestros actos quedan así sometidos a criterios de algo que se parece mucho a la productividad, porque todos nuestros actos han de representar un lucro (material o espiritual) o una posibilidad de trueque; y si no es así, en nuestro cada día, nos iremos a la cama por la noche con la desazón de “hoy no he hecho nada”.

Así que todo esfuerzo suele aplicarse a la actividad laboral cabalmente desempeñada, a la profesionalidad, a que el hogar esté en orden si se es ama de casa, a que las multas estén debidamente puestas (e impuestas) si se es guardián de la ORA, a que el reo esté correcta y puntualmente ejecutado si se es verdugo...

Y, caramba; después de tanto trajín se tiene derecho al esparcimiento.

Y el ocio se suele emplear en desvivirse buscando formas nuevas con que matar el tedio.

¿Qué tiempo queda para buscar a ese “uno mismo” que cada cual tiene la sensación de llevar dentro? ¿Qué tiempo para dedicarlo a ese “uno mismo” con el que tanto terror daría encontrarse?

18 de mayo de 2013